

El proceso de Geismar

El rostro de Alain Geismar —blanco y patético como el de Orson Welles joven— apareció por primera vez para el gran público en las jornadas revolucionarias de mayo de 1968. Ingeniero de Minas, profesor auxiliar en la Facultad de París, hablaba en nombre de los profesores. Era entonces secretario general del Sindicato Nacional de Enseñanza Superior —S. N. E.-Sup.—,



Alain Geismar.

y su vida política seguía ya una lenta inclinación hacia la izquierda: de la familia burguesa, acomodada, había comenzado en el partido socialista, para pasar a la facción autónoma disidente (P. S. A.), de ahí a otra disidencia (el Partido Socialista Unificado) y luego abandonarla para aproximarse —sólo aproximarse— al partido comunista. Luego se dedicó al sindicalismo. Paralelamente, su carrera era brillante, como lo habían sido sus estudios. Su voz —reclamando la reforma de estructuras, el cambio total de la Universidad— era escuchada en los círculos interiores. En marzo de 1968, en una discusión pública con el ministro de Educación, había advertido que si la reforma universitaria no se realizaba pronto, la protesta saldría a la calle. En el mes de mayo la protesta, efectivamente, salió a la calle, y Alain Geismar se sumó rápidamente a los estudiantes: a Cohn-Bendit, a Sauvageot. Formó con ellos el triunvirato de la revolución. Proclamó la huelga general de los profesores y fue seguido. Su último paso hacia la izquierda había sido dado. Repudiando al partido comunista por moderado, por «integrado en el sistema», Alain Geismar inició el movimiento de la Izquierda Proletaria (Gauche Proletarienne), algunas de cuyas tesis procedían directamente del maoísmo, acusado de «grupúsculo» por los comunistas y disuelto por el poder.

La reacción, terminado el movi-

miento de mayo, desposeyó a Geismar de la secretaría general del Sindicato; terminó por excluirse de él totalmente y dedicar su trabajo político a la reunión de la izquierda revolucionaria. Según él, esta unidad sólo podía realizarse en la acción, como había sucedido en mayo de 1968. Fue asumiendo las teorías de Mao. «El poder está al otro extremo del fusil», frase de Mao, fue el lema de su libro «Hacia la guerra civil», publicado a principios del año 1969. En mayo de este año, tras el juicio y condena de los directores del periódico «La Causa del pueblo», Geismar pronunció una alocución en la que pedía manifestaciones callejeras: fue escuchado, y en las manifestaciones hubo violencias. De acuerdo con las nuevas leyes de seguridad, Geismar fue procesado por «provocación directa, seguida de hechos, a violencias y vía de hechos contra los agentes de la fuerza pública». Al mismo tiempo se le procesaba por intento de reconstruir una organización prohibida, la Izquierda Proletaria. La vista del primer proceso acaba de celebrarse en la XVII Cámara Correccional. La del segundo está señalada en el Tribunal especial llamado de Seguridad del Estado.

CINCO MIL GUARDIAS

Durante los días del proceso, el ministro del Interior, Marcellin —que, citado como testigo, ha excusado su comparecencia— ha puesto en marcha un plan que, según una agencia francesa, se denomina «Plan Secreto para el Mantenimiento del orden». Cinco mil guardias rodeaban el Palacio de Justicia, y la sala estaba casi totalmente ocupada por inspectores de paisano. Helicópteros, coches de bomberos, coches-radio y motoristas participaban en la operación. Las estaciones de «metro» próximas al Palacio de Justicia fueron cerradas —los trenes pasaban sin detenerse— y fue-

ron canceladas. Los disturbios han sido escasos y se ha efectuado un centenar de detenciones.

Alain Geismar ha podido hablar durante cerca de una hora en la sala del Tribunal. Más que defenderse, ha realizado una requisitoria contra la sociedad que le juzgaba: Gobierno, leyes, prisiones Universidades, fábricas, el Ejército y la misma calle son, para él, víctimas e instrumentos de una dictadura. «Ved —dijo, refiriéndose a los trabajadores de París— cómo los negros vacían vuestros cubos de basura; pronto vaciarán los cargadores de sus fusiles en vuestros vientres. Pronto la bandera del Poder Popular flotará sobre París, y podremos construir la Francia del pueblo sobre las ruinas de la Francia del franco. La disciplina de las fábricas será sustituida por el estímulo del interés de todos. Todos ayudarán a todos: obreros, intelectuales, escritores, artistas. Los obreros dominarán, y los estudiantes vendrán a aprender a su lado, trabajando con ellos en los campos y los talleres. Todos tendrán derecho a la vida, al pan, a las rocas. Es un mundo real, no un mundo utópico, y lo vamos a construir, como ya se está construyendo en China».

SARTRE NO COMPARECE

Tras escucharle, el fiscal pidió el rigor máximo de la ley. Este rigor máximo es el de tres años de prisión, pero el Tribunal, tras su última deliberación, pronunció una condena de dieciocho meses. Geismar tiene un plazo de diez días para recurrir, y, al mismo tiempo, debe preparar su proceso ante el Tribunal de Seguridad del Estado. Pero es posible que en éste permanezca silencioso. La Izquierda Proletaria, aunque recusa el funcionamiento actual de los Tribunales de Justicia («Mi justicia es otra, y ustedes sólo representan a la burguesía», dijo Geismar a sus jueces), los recono-

cen y se defienden en ellos, pero, en cambio, no admiten los Tribunales especiales, como el de Seguridad del Estado. No nombran abogados y permanecen silenciosos durante los juicios.

Jean-Paul Sartre estaba citado como testigo en la última sesión. No compareció. Envío en su lugar una carta al Tribunal diciendo que no había sido escuchado en los juicios en que había asistido como testigo y que, por lo tanto, consideraba su presencia inútil. Anunciaba que lo haría en la calle, y, en efecto, se fue a las fábricas Renault y expresó sus puntos de vista ante los obreros. «Hace cincuenta años —dijo— que los obreros y los intelectuales están separados, y esto debe terminar». Sartre sostiene desde hace tiempo que tan culpable es él como los detenidos de la Izquierda Proletaria y de otros movimientos de la nueva izquierda, que las mismas provocaciones a la rebelión las hace él, y que también trata de reorganizar los partidos prohibidos y clandestinos. «¿Por qué no se me detiene a mí?», exclama Sartre. Su propia respuesta es que la Justicia y la Policía no quieren crear el escándalo de encarcelar a una figura de renombre universal y, en cambio, ejercen su rigor sobre militantes oscuros. ■ JUAN ALDEBARAN.

Sartre estaba citado, pero no asistió. Envío una carta al Tribunal diciendo que no había sido escuchado en los juicios a los que había asistido como testigo y que, por lo tanto, consideraba su presencia inútil.



Cárdenas: el último de la revolución

Lázaro Cárdenas —muerto el 19 de octubre, a los setenta y cinco años de edad— era el último superviviente de la revolución mejicana. A los diecisiete años había comenzado a cabalgar, estampa viva de los hombres de Pancho Villa: rostro cetrino —sangre india—, grandioso bigote, enorme pistolón, luchando primero contra Carranza, luego a su favor y al del fallido soñador Madero, para oponerse a la contrarrevolución de Huertas. Paso a paso, el hijo de un peón de Jiquilpán, el aprendiz de tipógrafo, fue ascendiendo en los grados del ejército sin dejar de cabalgar y de combatir, vio degradarse y perderse la revolución, vivió la amargura y el sobresalto de la clandestinidad, y, luego, la esperanza de la revolución resucitada por otro personaje legendario, el General Calles —Plutarco Elías Calles—, sucesor de Obregón —que había sido asesinado en 1928— y decidido, como dijo, a que la «revolución tuviese rostro socialista». Con Calles de Presidente, Lázaro Cárdenas entró en la política. Cuando Calles se retiró manejaba aún desde Cuernavaca Presidentes, generales, ministros. Se dijo que su